

AUTORES Y ESCENARIOS

ZARZUELA. — ESTRENO DE «LAS ALEGRES CAZADORAS»

«Las alegres cazadoras», de Fernández Sevilla, Luis Tejedor y el maestro García Morcillo, estrenada anoche con gran éxito en la Zarzuela, no es una revista, ni una ópera, ni siquiera una comedia musical. Se trata más bien de una comedia al estilo francés del primer tercio de siglo, corte del «Folies», con ilustraciones musicales fuera del bloque de lo que es la acción y el hilo de la fábula de la obra. En la acción sólo está señalado el motivo musical en una frase o una simple referencia, para que luego surja aquel en plenitud a modo

de álbum melódico. El argumento no es nuevo, pero está llevado con tan acertada sincronización, y tan bien conjugadas, a modo de causa y efecto, letra y música, que su efecto no puede ser ni más teatral ni más grato para el espectador.

El libro es ingenioso, ágil, buenhumorado, con el chiste siempre feliz, nacido de la oportunidad del momento, y la música constituye tal suma de grandes aciertos, que fué la consagración teatral del maestro García Morcillo. Toda la partitura resume inspiración, jugosidad, frescura y una línea musical limpia y pegadiza. Se repitieron casi todos los números entre cálidos aplausos, y con especial entusiasmo

los de una hermosa polka, el del danzón cubano y el de las cazadoras.

Manolo del Río, siempre espléndido para el público de su teatro, no ha omitido gasto en la fastuosa presentación de «Las alegres cazadoras», y desde el decorado al vestuario, pasando por los primores de la luminoteoría, en la obra campea un exquisito gusto y una generosidad artística que habrán de ser aplaudidos por todo Madrid. La Zarzuela ha cogido su nuevo éxito grande de muchos cientos de noches, en las que los devotos de la cosa luminosa, viva y joyante en la escena habrán de encontrar colmada su aspiración a la alegría. Porque esto es, preferentemente, «Las alegres cazadoras»: una obra alegre y de juventud, en la que las guapisimas vicetiples de la Zarzuela ponen cuanto menos el dedal en la magnífica interpretación alcanzada por las primeras figuras del reparto, en el que destaca la gracia, el garbo, la belleza y el dinamismo de Paquita Gallego, irreprochablemente vestida, que anoche ganó su tercer entorchado de gran «vedette»; la gran escuela de actriz de Julia Lajos; la gracia sobria y natural, sin payasadas, de Erasmo Pascual, y la excelente labor de Nieves Patiño, Lolita Moreno, Rosita del Pozo, Conchita Arteaga, Venancio Moreno, Daniel González y Torremocha.

El telón se alzó infinidad de veces al final de los dos actos, en honor de autores y artistas, como rúbrica de uno de los éxitos más rotundos que ha conocido el lirico en Madrid. En suma, un público conquistado por «Las alegres cazadoras», que donde ponen el ojo ponen la bala.—RIENZI.

El estreno, entre bastidores

TEATRO DE LA ZARZUELA

Me gusta mucho «hacer el entre bastidores» en la Zarzuela. El escenario es amplio, profundo; como varias veces señalé, el mayor de España. Cuando llaman a Monra para que monte la coreografía de cualquier obra que allí se estrene, le hace un guiño a Basilio—su colega—, se frota las manos y se lanza a la tarea de mover grandes masas de vicetiples, como si lo hiciera para una película de ocho millones de dólares. Pueden estar racionados los vestidos del casi medio centenar de muchachas que componen la compañía, pero no el espacio. Por eso le dije al doctor Ibáñez—que es el Jiménez Guinea de la gente de teatro—, dando suelta a un complejo, que me agradaría «hacer el entre bastidores» montado a caballo.

Son odiosas las comparaciones, pero no recuerdo haber visto una comedia musical tan lujosamente montada como «Las alegres cazadoras». Más de cuatrocientos trajes—según me informan—, con sus cuatrocientos sombreros, zapatos, adornos, etc. Luz blanca, luz negra, luz de sodio. A propósito de esto, y como ha despertado curiosidad, le pregunté a Manuel del Río—empresario del teatro y del espectáculo—en qué consiste.

—Es una luz especial que descompone los colores.

—¿Ha sido empleada alguna vez en los escenarios?

—No. En ninguna parte. Suele utilizarse en los aeródromos, para aterrizajes nocturnos. Me hicieron una demostración en cierta casa de material eléctrico, me gustó la novedad y la he introducido aquí. Como verá usted, su exhibición dura escasamente unos segundos, y sirve para contrastar con la luz negra y la corriente.

En efecto, las preciosas mujeres de la Zarzuela, durante esos segundos, parecen fantasmas grises. El decorado pierde sus calidades, los trajes se desdibujan. Es como un relámpago paradójico. En medio de una explosión de belleza, de alegría cromática, todo se suspende en esos instantes a la ultraterrena luz de sodio, para volver a cobrar fuerza, gracia, color, vida. Como la pausa leve del cantante al prepararse para lanzar un agudo triunfal.

Los autores, como es de rigor, nerviosos. Más serenos los del libreto. El maestro Fernando García, que ya tiene un nombre que da la vuelta al mundo, me abraza conmovido cada vez que paso junto a él, con el mismo entusiasmo que si yo fuese un viejo compañero de colegio a quien se suponía muerto hace tiempo. No me acabo de explicar cómo le puede sorprender tanto el éxito. Luis Tejedor y Fernández de Sevilla, en el entreacto, contienen a la multitud de amigos que pretenden entrar a saludarles. Si toda aquella gente hubiera pasado, la segunda parte de la obra no se habría podido representar hasta mucho después.

La excitación natural del estreno en todo el mundo. Como me parece incorrecto producirme con normalidad, yo también corro afanosamente de un lado para otro, tropiezo con los tramoyistas, lanzo pequeños gritos inarticulados a las chicas del coro, las animo, las pido el número del teléfono y las felicito por lo bien que lo hacen, asegurándolas que el éxito depende de ellas.

Se ha renovado casi totalmente eso que se suele llamar con el horrible vocablo «elenco». La extraordinaria belleza, arte y juventud de Paquita Gallego exigen un cortejo de mujeres bonitas de buen tipo, que respondiera al concepto de «conjunto». Hay dos tallas: la media y la alta. Monra las ha conjugado perfectamente, y el efecto coreográfico es inmejorable.

Paquita Gallego se encuentra ahora en la plena madurez de su victoria, es delicada. Es actriz y es guapa; saca el máximo partido de su papel, tanto reñado como cantado.

Nieves Patiño, afirmándose cada vez más en su categoría de actriz cómica; doña Julia Lajos, respondiendo a su nombre y a su fama; Conchita Arteaga, deliciosa; Erasmo Pascual, tan serio, tan pulcro y atento tras los quevedos de paisano, arranca la risa de los espectadores en todas sus intervenciones, y Venancio Moreno, Torremocha, Iñis Cuesta, Marta Rilo, Julio Mathias, Pepita Cañas y los demás actores, ya veteranos en esta escena, entusiasmaditos con su cometido y augurando un largo éxito a «Las alegres cazadoras».

En los camarines de las chicas todo es animación, risas, canturreo. Unas a otras se ayudan a extender el maquillaje en brazos y piernas. No se les nota el violento esfuerzo de los ensayos, la fatiga con que se llega siempre a un estreno. Anoche todas ellas habrán dormido un profundo sueño, no desvelado por preocupación alguna.

Veintitrés cuadros, treinta decorados, quince actores y actrices, cuarenta chicas «coreanas», un libro gracioso, una música moderna, inspirada, y muchísimo dinero, arrojan lo que me atrevo a vaticinar como un prolongado acierto.

A la salida escuché el siguiente comentario:

—Creo que es la primera vez que veo una revista y me entero por completo de su argumento—decía un amigo a otro, que le contestó:

—Tú, siempre tan frío. ¿Te fijaste en el «argumento» tercero, empezando por la izquierda? ¿Qué entretenido debe de ser!

Por la minuciosidad de detalles con que el segundo describía sus predilecciones, deduje que era uno de los mejores observadores de España. Y poseía en alto grado la capacidad narrativa.

EUGENIO SUAREZ